

terio los tributos de una fe pura y constante, y volásemos en las alas de un deseo vivísimo y al impulso de un amor ardiente á este sagrado convite; si nos dedicásemos todos á merecer cuanto cabe, con nuestra solícitud, vigilancia, ruegos y preparaciones de todo género, el ser nutridos con este alimento divino, la felicidad rebosaría en nuestras almas, y la gloria de la eternidad se nos anticiparía en cierto modo dentro de las riberas del tiempo; seríamos ángeles de luz, sabios de Cristo, esforzados campeones de su milicia, ornamentos ilustres de su Iglesia, vasos preciosos de su gracia, templos angostos de su espíritu, objetos constantes de sus complacencias, miembros dignos de su Cuerpo místico y una especie de repeticiones suyas en la tierra. Sed pues, hijos carísimos, adoradores en espíritu y en verdad y participantes dignos de este Divino Misterio: buscad este alimento, el único de vida eterna, esta bebida que hace correr por nuestras venas la Sangre de Cristo, este vino que engendra vírgenes: aprestaos á la regalada Mesa donde se distribuye á los hombres el Pan de los ángeles: acudid á esta fuente que riega con sus aguas y fecunda el campo de las virtudes: desprendéos de ese orden miserable y rastrero de los sentidos y del mundo, para estar de pié, con la dignidad que comunica la percepción de este Sacramento, en la casa de vuestro Dios: venid á su Tabernáculo, que en él os espera y para él os convida. Si el peso de las tribulaciones de la vida, de los combates del espíritu, de las debilidades de la naturaleza os acongoja y parece rendiros, no desmayéis, que él es la fuerza; no sucumbáis, que él es la vida; no desesperéis, que ya tiende sus manos para descargaros del penoso yugo y aliviaros del insoportable peso. "Venid á mí, os dice desde sus altares, venid á mí los que trabajáis "y estáis cargados, que yo os aliviaré." ¡Oh lenguaje admirable de la caridad de un Dios! ¡Oh palabras de inefable dulzura! ¡Oh generosidad estupenda del amor divino! Venid. ¿Quién os llama? Jesús, el Hombre-Dios. ¿Para dónde os cita? Para su Tabernáculo angosto, donde os espera. "Venid á mí." ¿Con qué motivo? Con el del yugo que os esclaviza, las cadenas que os entranan, los trabajos y tribulaciones que os oprimen: "Venid á mí los que trabajáis y estáis cargados." ¡Y para qué os llama? Para disipar vuestras tinieblas, destruir vuestra ignorancia, revestiros de fortaleza, aliviar vuestras miserias, remediar vuestras necesidades y enriqueceros con sus gracias: "Yo os aliviaré." Ea pues, hijos míos, escuchad esta voz, venid á este llamado, aceptad este convite, libráos de vuestras desgracias, asíos de la virtud, conquistad la santidad; y entónces acabarán vuestras penas, cesarán vuestras alarmas, se disiparán vuestras ilusiones, viviréis con la vida del amor, tendréis la muerte de los justos, y volaréis á incorporaros en el cielo en el dichoso número de los escogidos.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

VIGESIMOACTAVA INSTRUCCION.

SOBRE EL CUARTO ARTICULO DEL OREDO—O SEA
EXPLICACION DOCTRINAL DEL SENTIDO DE CADA UNO DE SUS TERMINOS ENUNCIATIVOS

Unus enim Deus Mediator, unus Mediator et hominum, homo Christus Jesus, qui dedit redemptionem semetipsum pro omnibus.

No hai mas que un Dios, y un Medianero entre Dios y los hombres. Jesucristo Hombre que se entregó para ser el precio de la redención de todos.

I. Ad. Tim. Cap. II, v. 5 y 6.

1 NUESTRA santa Madre la Iglesia, señalándonos en la cumbre del Calvario á Jesucristo vida nuestra clavado y muerto en una cruz, nos le manifiesta con toda la autoridad de su magisterio divino como el Mesías verdadero, que ha consumado ya la misión que le trajo á la tierra; como el Sacerdote Eterno, que acaba de ofrecer al culto del Señor el único sacrificio digno de Su Majestad; como la Víctima de precio infinito, que inmolada en aquel patíbulo de ignominia, dejaba superabundantemente pagada la deuda de todos los hombres, satisfecha la justicia divina y expedita, ya toda la misericordia de un Dios, pendiente de este sacrificio para inundar la tierra en un torrente de gracia. Tal es Jesucristo en su Pasión, tal nos le presentan á un mismo tiempo la fe, la historia y la doctrina. Colocado entre Dios y el hombre, viene á ser el único vínculo posible para estrechar de nuevo á la Divinidad con humanidad despues de la primera culpa; y por esto el apóstol San Pablo, volviendo una mirada reflexiva sobre la historia y las causas del rompimiento del hombre con su Dios y la necesidad estrechísima de un Me-

diador entre ambos seres para la renovacion de su alianza, señala á nuestro Señor Jesucristo como el único capaz de serlo en pro de la delincuente humanidad y para la satisfaccion y gloria de un Dios ofendido. "No hai mas que un Dios, dice á su discípulo Timoteo, "y un Mediano entre Dios y los hombres, que es Jesucristo Hombre, que "se entregó para ser el precio de la redencion de todos:" *Unus enim Deus Mediator, unus Mediator et hominum, Homo Christus Jesus, qui dedit redemptionem semetipsum pro omnibus.*

2. Ved aquí, amados hijos, el gran misterio, magnífico centro de todos los demas: ved aquí el acontecimiento por excelencia, el objeto y fin de la Encarnacion del Verbo, el por qué de todas las profecías, figuras y representaciones de la Lei antigua, el cumplimiento exactísimo de las promesas, el fundamento de la religion cristiana, la piedra angular de la Iglesia católica, el reservatorio infinito de todas esas gracias que se reparten al pueblo fiel por los siete canales de los Sacramentos en el Universo católico, el precio de nuestra redencion, la reconquista de nuestra plena felicidad, los títulos auténticos, firmados con la sangre del Justo, para entrar en su reino. Hé aquí por qué nuestra Santa Madre la Iglesia ha tenido, tiene y nunca dejará de tener el empeño mas grande por que este misterio sea conocido, entendido y plenamente aprovechado de todos los los fieles, y á fin de facilitarles un medio seguro de meditar con el mayor fruto en la Pasion y muerte de nuestro Redentor, le ha dedicado el cuarto artículo del Credo.

3. Examinando atentamente, amados hijos, los términos enunciativos del dogma que nos enseña la Pasion y muerte del Redentor, vemos que en él desenellan, por decirlo así, tres puntos elevados, sobre los cuales debe ir pasando nuestra consideracion. Jesucristo *padeceó bajo del poder de Poncio Pilato*; hé aquí unas palabras que nos expresan el carácter dominante de este gran misterio, que consiste precisamente en la Pasion y muerte de un Hombre-Dios: este es un punto que se dirige á nuestra fe, presentándole el dogma de un Dios que padece y muere, no en cuanto Dios, pero sin que esto destruya la verdad que acabo de enunciar. Este hecho nos conduce á indagar el motivo, la causa, el objeto y fin de tal sacrificio; y la misma fe, mostrándonos que Jesucristo padeceó por nosotros, á fin de pagar á su Eterno Padre la deuda infinita de la culpa, funda y robustece nuestra esperanza con la seguridad que tenemos de haber sido perfectamente reconciliados con Dios por Jesucristo para la vida eterna. Por último, estas palabras *fué crucificado, muerto y sepultado*, cerrando la historia de la Pasion de Jesucristo, pues que su término fué la muerte de Cruz y su consecuencia precisa la sepultura, nos muestran muy al vivo toda la intensidad del sacrificio, toda la superabundancia de la satisfaccion, todo el esfuerzo del amor divino en favor de los hombres, y bastan para inflamarnos con este fuego sagrado, y atraer nuestro corazón hácia tan gran misterio reconcentrándole todo en la Cruz del Salvador. Dignidad infinita de la víctima que padece; motivos y causas que determinan este padecimiento; carácter é intensidad suma del sacrificio: he aquí los tres puntos que encierran, como acabáis de ver, los términos enunciativos del cuarto artículo del Credo. Recorramos, pues, estos tres puntos, fijando en cada uno sucesivamente nuestra mas atenta consideracion, y esto bastará, no hai que dudarlo, para corresponder con nuestro aprovecha-

miento en la inteligencia de este misterio, á la tierna y constante solicitud con que se empeña nuestra Santa Madre la Iglesia en inculcarle.

4. Mas ántes de entrar á explicaros cada uno de estos puntos, creo muy conveniente manifestaros por qué tuvieron tan especial cuidado los apóstoles de consignar en este artículo de nuestra fe la circunstancia particularísima de haber padeceó el Mesías debajo del poder de Poncio Pilato, pues de esta suerte podré conducir vuestra inteligencia por mas fácil camino. Tuvo motivos muy graves la Santa Iglesia para no limitarse á la simple cita de una fecha cuando quiso señalar el tiempo en que padeceó Jesucristo; pues la designacion del gobierno de Poncio Pilato era de la mayor importancia, por las razones que brevemente voi á manifestaros. En primer lugar, para caracterizar bien la época de la Pasion del Redentor, á fin de que un suceso de tal magnitud estuviese constantemente manifiesto en el gran cuadro de la historia: en segundo lugar, para declarar aun en el Símbolo el cumplimiento de las profecías, y especialmente de aquel anuncio solemnisimo que habia hecho á sus discípulos al partir para Jerusalem. "Mirad que vamos á Jerusalem, les decía, donde el Hijo del hombre ha de ser entregado á los príncipes de los sacerdotes y á los escribas, y le condenarán á muerte y le entregarán á los gentiles para que sea escarnecido, y azotado, "y crucificado." Pues bien, amados hijos, Pilato era un magistrado gentil: á él se presentaron los judíos entregando á Jesucristo, precisamente para que le escarneciese, azotase y crucificase; y él le escarneció, remitiéndole á Heródes como para divertir su curiosidad y reconciliarse con él, y le mostró al pueblo vestido de rei de barias, y le mandó azotar atado á una columna, y le sentenció á muerte de cruz. Ved pues, qué profecía tan detallada y qué realizacion tan cumplida: ved cómo aparece aquí armado el poder de las tinieblas para sacrificar al Justo, y lo mucho que importaba mencionar en este artículo del Símbolo que Jesus padeceó bajo el poder de Poncio Pilato.

5. Viniendo ahora al punto que me propongo explicaros en esta primera parte, os diré, que con solo buscar las relaciones mas naturales de la palabra *padeceó*, tendremos lo necesario para formarnos una idea de lo que encierra el misterio de la Pasion de nuestro Señor Jesucristo, considerada, como aquí nos proponemos meditarla, bajo un punto de vista mas general. Padeceer, hijos míos, es sufrir, sentir pena ó amargura, ó desconsuelo, ó dolor, ó todo junto: padecer es un sentimiento siempre penoso, triste y desconsolador; es la parte enferma, digámoslo así, de la humanidad. Toda nuestra vida física y moral anda por una carrera de vicisitudes diversas que la traen siempre alternando entre el placer y el dolor. Estos dos sentimientos, compañeros nuestros y enemigos del uno del otro, son tan conocidos de toda la humanidad, que no han menester explicarse, porque han recorrido, recorren y nunca dejarán de recorrer todos los países y todas las moradas habitadas del hombre. Pues bien: Jesucristo, que vino á la tierra con una mision de sacrificio, echó sobre sí todo el padecer de la humanidad, todas sus penas; y este conjunto de sufrimientos y dolores en su mayor intensidad y en todos sus extremos es lo que constituye su acerbísima Pasion. Para seguir pues el órden mas pro-

pio en esta meditacion importantísima, debemos comenzar observando que quien padeció es Jesucristo, lo cual debe servirnos para entender en qué sentido se dice con toda verdad que Dios padeció y murió, y penetrarnos, cuanto es dado á nuestra naturaleza, de la dignidad infinita de la víctima sacrificada por nosotros.

6. *¿Quién es Cristo? Dios y Hombre verdadero. ¿Cómo es Dios? Porque es natural Hijo de Dios vivo. ¿Cómo es Hombre? Porque es tambien Hijo de la Virgen María. ¿Un Dios puede padecer y morir? No, hijos míos, porque Dios es imposible tan esencialmente, que si no lo fuera, dejaría de ser Dios. Siendo pues inmortal, ¿cómo pudo morir? "Porque junto con ser Dios era tambien Hombre mortal. Y sujetándose á la muerte, ¡obró acaso por una inevitable necesidad? La Pasión es una cosa tan libremente decretada como espontáneamente admitida. Ved pues aquí, amados hijos, todo el fondo de este misterio en su carácter esencial. Ved aquí pues lo que debemos entender y creer cuando, refiriéndonos á Jesucristo en este misterio, decimos con el Símbolo: Padeció. ¿Quién padeció? Un Dios Hombre. ¿En cuál de sus dos naturalezas padeció? En la humana; pues padeció, no en cuanto Dios, sino en cuanto Hombre. ¿Puede decirse, sin embargo, que Dios padeció? Sí, por lei de personalidad. ¿En virtud de qué padeció? de una plena libertad con que aceptó el sacrificio. Veamos pues cómo, sin entrar en ese fondo cubierto con las finieblas de la Majestad, podemos hallar en las mismas luces de la ciencia las que bastan para entender lo que creemos y confesamos al decir: en primer lugar, que quien padeció es un verdadero Dios; en segundo, que Cristo padeció, no en cuanto Dios, sino solo en cuanto hombre; en tercero, que sin embargo de esto, puede y debe decirse que un Dios padeció y murió; y por último, que en este sacrificio hai una plena libertad en el decreto que le manda y en la voluntad que le acepta.*

7. No me detendré, hijos míos, á demostraros aquí las dos primeras verdades, pues con haberos instruido ya plenamente sobre los misterios de la Santísima Trinidad y el de la Encarnacion del Verbo en las entrañas purísimas de María, me basta simplemente indicarlas, para dar unidad á la doctrina del misterio de la Pasión y muerte de Jesús. En mi tercera instruccion preliminar, donde me propuse daros una idea de nuestra dignidad y excelencia como cristianos, derivé tan gloriosos títulos, como podréis recordar, de los caracteres mismos del Mesías. Allí os manifesté, breve pero competentemente, las pruebas dogmáticas de la Divinidad y Humanidad de nuestro Señor Jesucristo. Tambien recordaréis que cerré mis preliminares con una demostracion especialísima de que Jesucristo es Dios, exhibiendo las pruebas que se deducen de ambos Testamentos, y por consiguiente, las que forman por sí, ya las figuras realizadas, ya las profecías cumplidas, ya los milagros y doctrina de Jesucristo, ya la propagacion de su Evangelio, ya el establecimiento y perpetuidad de su Iglesia. Si pues Jesucristo es el que padeció y murió, como el Símbolo de la fe nos lo enseña, basta lo que ya estaba explicado, para que veais y entendáis á toda luz cómo quien padeció y murió era un verdadero Dios.

8. En cuanto al segundo concepto, nada me parece haber dejado ni por explicar ni por demostrar con prueba dogmática, en mi décimasexta instruccion de esta prime-

ra parte, cuyo objeto es nada ménos que la Santa Humanidad de Jesucristo en el misterio de la Encarnacion. Allí visteis cómo, para realizar Dios por medio de un sacrificio doloroso y de infinito merecimiento el plan de reparacion que concibió desde su eternidad en pro de los hombres á fin de salvarles, fué de todo punto indispensable que su Verbo increado, su mismo Unigénito se revistiese de nuestra naturaleza: porque no siendo capaz de padecimiento ninguno la Divinidad, era necesario, para que Dios padeciese por el hombre, que uniese á sí una naturaleza capaz de padecer y morir. Si pues tal necesidad habia de la naturaleza humana para semejante sacrificio, claro es que Jesucristo padeció y murió, mas no en cuanto Dios porque esto habria sido imposible, sino solo en cuanto hombre. Allí os expliqué tambien las consecuencias dogmáticas de tan alto misterio, ya en lo concerniente á la distincion real de las dos naturalezas que hai en Jesucristo, ya en lo relativo á la union hipostática de ambas en la Persona única del Verbo Divino; y esta explicacion, al paso que me facilitó el desenvolver el dogma de la Encarnacion, exponiendo tambien sus consecuencias, me sirvió de ocasion muy oportuna para enseñaros cuál debe ser nuestro lenguaje al hablar de los misterios de nuestro Señor Jesucristo, y en qué casos es admisible la comunicacion de idiomas. Con esta doctrina bastaria tambien para entender la primera verdad que aquí me propongo explicaros; mas no habiendo sido allí acerca de ella tan explícito como conviene, y siendo por otra parte su explicacion tan propia de este lugar, voi á manifestaros cómo sin embargo de haber padecido solo en cuanto Hombre, y no en cuanto Dios, puede y debe decirse que un Dios padeció y murió.

9. Jesucristo Señor nuestro, desde que encarnó en las entrañas de María, unia de tal suerte las dos naturalezas, que siendo hombre, ni un solo momento dejó de ser Dios: tuvo su humanidad paciente y en extremo atribulada, pero unida siempre á su Divinidad, y en consecuencia padeció en cuanto hombre quien era un Dios, y sin dejar de ser Dios al tiempo de padecer: por lo cual, aunque la Divinidad no padeciese, con padecer Jesucristo, que es Dios, basta para decir que Dios padeció. Hai más: aunque hai en Jesucristo dos naturalezas, conviene á saber: la divina y la humana, no por esto hai dos Jesucristos, dos personalidades, dos individuos; sino un solo individuo, un solo Jesucristo, una sola persona. ¿Qué persona? ¿la humana por ventura? No, hijos míos: la humanidad en Cristo no constituye persona, como sucede en nosotros. Nuestro ser humano es una persona por no estar unida á superior naturaleza que la perfecciona: si estuviese unido á otra naturaleza mas perfecta, dejaría de tener ya la razon de persona. Jesucristo es un perfecto hombre; pues nada le falta, teniendo como tiene un cuerpo organizado y una alma racional unida á este cuerpo. Si fuera solo hombre, constituiria su humanidad, como en cualquiera de nosotros, una persona; pero como es, no solo hombre, sino tambien Dios, su humanidad está unida con otra naturaleza mas perfecta y por lo mismo ya no tiene la razon de persona. ¿Dónde está pues la personalidad de Cristo? En su Divinidad. ¿Por qué? Porque la Divinidad ni está ni puede estar nunca unida con otra naturaleza mas perfecta; pues ya sabéis que la Divinidad es lo infinito, y que lo infinito es aquello respecto de lo cual no existe ni concebirse puede cosa mayor ni mas perfecta. Luego en Jesucristo no

hai mas que una persona: luego esta persona está en su Divinidad: luego es persona en cuanto Dios, y tanto, hijos míos, que es el Verbo Eterno, la segunda Persona de la Trinidad Augusta. Ahora bien: en la personalidad está el centro de todas las referencias, porque á ella se refiere todo lo que hai en el individuo: luego á la Divinidad de Cristo se refieren los actos de Cristo, aun cuando no sean actos propios de ella. ¿Queréis un ejemplo? Tomadle en cualquiera de vosotros. ¿Dónde está vuestra personalidad? ¿En el cuerpo? No, porque está unido al alma, que es naturaleza mas perfecta. ¿En el alma? Sí, porque no está unida á naturaleza mas perfecta. Ahora bien: ¿cuál es la palabra que recoge todas las relaciones de vuestra personalidad? El Yo humano: quien dice Yo, dice principio y centro de accion, abraza todo el movimiento de su ser. Cuando vuestro cuerpo, por ejemplo, come, bebe, huele, palpa, &c., &c., ¿no es cierto que tal cosa no es de vuestra alma? Sí. ¿Y que decís? “Yo cómo, yo bebo,” y decís bien; pues aunque el alma ni come, ni bebe, ni toca, ni es tocada por ser espíritu, como en ella está vuestra personalidad, á ella lo referís todo. Del mismo modo pues, cuando la humanidad de Jesucristo padece, todo este padecer se refiere á su Yo: Jesucristo pudo decir: “Yo padezco, moriré y seré sepultado,” sin embargo de que su Divinidad era incapaz de morir, padecer y ser sepultada. Ved aquí, pues, cómo quien padeció fué Jesucristo, cómo padeció en cuanto hombre, y no en cuanto Dios; y cómo, sin embargo de esto, siendo una sola persona, consistiendo esta personalidad en su ser divino, y refiriéndose á la personalidad cuanto pertenece al individuo, puede y debe decirse que Dios padeció y murió.

10. Mas ¿por qué padeció nuestro Señor Jesucristo? La Pasion de Cristo, hijos míos, es un efecto; luego tiene una causa: descubrir esta causa es el saber por qué padeció y murió. He dicho que es un efecto, y debo añadir que es un efecto libre y no necesario: pudo no haber habido pasion. Si pues la hubo, es porque precedió á ella la resolucion de una libertad perfecta. He aquí la última verdad que me proponia demostraros en esta primera parte: atendedme. La Pasion de Jesucristo es el sacrificio del Hijo á la justicia del Padre, es decir: que el Padre quiso sacrificar á su mismo Hijo, entregándole á la Pasion, y que sin embargo, el Hijo quiso que se cumpliese este decreto de su Padre con plena libertad. Que Cristo fué entregado al sacrificio por disposicion directa de su Padre celestial, es un dogma de la fe bien inculcado en las Sagradas Letras. Cuando Isaías dice: (LIII, 6.) “Todos nosotros anduvimos descarriados como ovejas perdidas, cada uno se desvió por su camino; mas el Señor puso sobre él las “maldades de todos nosotros,” claramente nos inculca esta importante verdad. Este él, sobre quien puso Dios las maldades de los hombres, es el Mesías á quien profetiza. Poner sobre uno los delitos de otros, es hacerle personalmente responsable de ellos, y por lo mismo destinarle al castigo: luego el Padre decretó que su Hijo padeciese por los pecados del mundo. Adelante leemos (v. 8.) unas palabras todavía mas explícitas: habla el mismo Dios, y dice: “Yo lo herí por los pecados de mi pueblo.” Luego la Pasion de Cristo es el castigo que el Padre mismo le aplicó por la deuda de la culpa. Por esto el apóstol San Pablo, encareciendo la fecundidad prodigiosa del sacrificio del Mesías y su poder para traernos á los hombres todas las gracias de su Padre, dice: (Rom. VIII,

32) “El que no perdonó á su propio Hijo, sino que por todos nosotros lo entregó á la “muerte, ¿cómo no nos habrá dado tambien con él todas las cosas?” Ved pues, hijos míos, cómo la Pasion de Cristo fué decretada libremente por su Padre: libremente sí; porque Dios es infinitamente libre, porque pudo haber perdonado sin exigir satisfaccion ó con una satisfaccion imperfecta y ligera, y porque pudo haber quedado plenamente satisfecho, sin necesidad de tan dolorosa Pasion é ignominiosa muerte, con un solo suspiro penoso de su Verbo encarnado.

11. Mas no por esto imaginéis, hermanos carísimos, que Jesucristo padeciese por necesidad, fuerza ó coaccion alguna; pues el dogma católico nos enseña con la autoridad de la Santa Escritura, que padeció porque así lo quiso, padeció con deliberacion, padeció con plena voluntad. El mismo profeta cuyas palabras acabáis de oír, y en el mismo capítulo donde las vierte, nos inculca en términos bien claros tan importante verdad. “Ofrecióse, dice (v. 7) refiriéndose al Mesías, “ofrecióse porque él quiso: *Oblatus est quia ipse voluit.*” Pero, ¿qué necesidad tenemos de consultar los oráculos de los Profetas, cuando el mismo Jesucristo tuvo cuidado muy especial de inculcar á sus discípulos y en ellos á nosotros la espontaneidad plenísima de su sacrificio? Muéstrase como el buen Pastor, el Pastor por excelencia; caracteriza esta bondad con una doble plenitud, la de un entendimiento que conoce y la de una voluntad que ama; y en consecuencia nos asegura que conoce á sus ovejas todas, y las ama tanto, que da la vida por ellas. “Yo doi, dice (Joann. X, 17 y 18), “Yo doi mi vida por mis ovejas..... Nadie me “la arranca, sino que yo la doi por mi voluntad.”

12. Siendo pues una cosa tan manifesta la libertad con que el Padre Eterno entregó á su Hijo á la Pasion y muerte, y la espontaneidad plenísima y absoluta con que este Divino Hijo se resolvió á padecer y morir por nosotros, ¿cómo concertar, me diréis, la libertad del Hijo con el decreto del Padre? Jesucristo, hermanos carísimos, es Dios y Hombre verdadero: voi, pues, á explicaros la dificultad propuesta, de una manera muy clara. ¿El Padre es Dios? Sí. ¿El Hijo es Dios? Sí. ¿Son por ventura dos dioses? No sino uno en esencia. ¿El Padre tiene voluntad y libertad? Sí. ¿El Hijo tiene voluntad y libertad? Sí. ¿Hai por esto dos voluntades y dos libertades? No, sino una sola voluntad y una sola libertad: la voluntad y libertad del Padre es la misma voluntad y libertad del Hijo: luego al decreto de la Pasion concurrió el Padre y el Hijo con una sola voluntad y libertad. Mas, Jesucristo es no solo Dios, sino tambien Hombre, y en este sentido habla cuando se muestra pasible, obediente, sometido. Cuando despues de decir que da la vida de su propia voluntad, añade: “Este es el “mandamiento que recibí de mi Padre,” se muestra como hombre, sometido sin restriccion alguna y de todo corazon á la divina voluntad de su Eterno Padre. Pues bien: la obediencia de Jesucristo en cuanto hombre es tambien verdaderamente libre. ¿Por qué? Porque en Jesucristo está la humanidad perfecta: si pues un hombre cualquiera, en el hecho de serlo, es verdadera y moralmente libre, ¿cómo podríamos desconocer esta libertad en aquel de quien estaba escrito que era el mas perfecto y hermoso de los hijos de los hombres? Ved, pues, cómo la Pasion de nuestro Señor Jesucristo, ya la consideremos en la justicia del Padre celestial que la decreta, ya en el amor infinito de

su Unigénito encarnado, que la sufre para cumplir la voluntad de su Padre, tuvo el pleno carácter de un sacrificio perfectamente libre y espontáneo. Pasemos ahora pues, á considerar las causas extrínsecas de tal decreto y tal sumision: mas este es el objeto de la segunda parte.

II.

13. No basta ciertamente, hijos míos, para conocer en toda su extension las causas del sacrificio del Hombre Dios, el saber que se determinó á él con la misma libertad con que su Eterno Padre le hubo decretado: es necesario adelantarnos á buscar los agentes poderosos que movieron al Padre á decretar el sacrificio de su Hijo, y al Hijo á obedecer con toda libertad el decreto de su Padre. Hai varias especies de causas, como ya os lo tengo dicho, y ahora debo añadir que todas concurren á su turno en la Pasion de nuestro Señor Jesucristo. Hai una causa ocasional, es decir: un hecho que sirve de ocasion ó motivo para el efecto; hai una causa motriz, una fuerza eficaz que mueve á la causa eficiente á producir su efecto; hai, por último, una causa final, y es, como lo expresa la palabra, el fin que se propone cada uno al obrar. Veamos pues como concurren á esta obra dolorosísima de la Pasion y muerte de Jesus todas las causas que acabamos de recorrer.

14. ¿Cuál es, me diréis, la causa ocasional de la Pasion y muerte de Jesucristo? Aquel hecho, hijos míos, que sirvió de ocasion y motivo á que la decretase el Padre y la aceptase el Hijo. ¿Y cuál fué, volveréis á preguntarme, este primer hecho que sirvió de ocasion para tal decreto y tal sacrificio? Bien lo sabéis, bien lo sabe el Universo entero: el pecado, todo el pecado, y solo el pecado; el pecado, porque sin él no habria padecido el Señor, no se habria decretado tal sacrificio, y porque él bastó para que uno y otro sucediese: todo el pecado, porque no hai en él nada sin participo en su carácter ocasional, y por lo mismo, todo cuanto en esta palabra se contiene sirvió de ocasion á Dios para decretar un sacrificio tan doloroso: solo el pecado, porque fuera de él todo es bueno, todo es santo, todo es digno, todo atrae dulcemente las miradas de Dios, y contribuye á la dicha del hombre: quitad el pecado, y la tierra será el espejo del cielo; poned el pecado, y un caos inmenso; un abismo infinito dividirá esencialmente á Dios del hombre. Mas hai dos grandes géneros de pecados; el que se hereda y el que se comete; el de la estirpe y el de cada uno; el original y el personal. ¿Cuál pues de ambos sirvió de ocasion al sacrificio de Cristo? Uno y otro, hijos míos; pues ya os he dicho que todo pecado; mas en el orden mismo con que vinieron á contaminar la tierra, el primer acaudador de aquella víctima santa, la ocasion primordial de tan inmenso sacrificio, fué el pecado original, aquella primera trasgresion de Adán, que rompió los vínculos entre el cielo y la tierra, que corrompió á toda la humanidad en su fuente, y que se hubo transmitido al género humano, por lei de forzosa consecuencia, como un legado tristísimo de miseria, de infamia y de muerte; y después de él vino el pecado personal en toda su escala, en sus varias especies y en todos los hombres. Quiso pues, Jesucristo Señor nuestro padecer y morir, porque el hombre ofendió á su Dios, quebrantó la divina Lei, rompió su pacto y descendió á lamuerte.

15. Pero ¿qué es esto, me diréis, de padecer y morir un Dios por el pecado del hom-

bre! Si se dijese que este pecado sirvió de ocasion á la ruina de la humanidad, y de fundamento á la Justicia divina para castigarla eternamente, bien descubriríamos en el pecado una causa ocasional del castigo. Pero esto de que haya dado márgen á la Pasion del Señor, es cosa que no se comprende. Tal es el raciocinio que forma desde luego la razon, y en que permanecería constantemente firme, si la fe no hubiese venido á ilustrarla. Ved pues ahora cómo la razon misma, sirviéndose de la fe, nos descubre todo el carácter de esta ocasionalidad de la culpa. El pecado, hijos míos, rompió esencialmente los vínculos morales que unian al hombre con su Dios, cambiando así lo mas perfecto y grato que habia en las relaciones de ambos seres. ¿Por qué? Porque el pecado es la rebelion del hombre contra Dios, y esta rebelion que, considerada en su causa, no sale de la esfera de la limitacion humana, vista en su objeto y en sus efectos, toma las proporciones de un mal infinito. ¿Por qué lo primero? porque ataca á Dios, que es infinito. ¿Por qué lo segundo? porque priva de Dios, que es un bien infinito, y atrae hácia el delincuente la accion de la justicia de Dios, que es un castigo infinito. El pecado pues trae dos males; uno para Dios, por explicarme de esta suerte, y otro para el hombre: para Dios, el privarle de su perdurable union con la mas perfecta de las obras que crió despues del ángel, y de la gloria que le daria esta criatura, entrando en la posesion de su reino, por los siglos de los siglos: para el hombre, privarle eternamente de su Dios, y por consiguiente, arrebatarle sin esperanza el fin para que fué criado, lo cual importa una pérdida infinita, y sujetarle, por otra parte, á padecer todo linaje de tormentos eternamente; porque solo de esta suerte seria debidamente castigado. Habia pues una necesidad imperiosa de que el hombre se reconciliase con Dios, para que aquellos dos males desapareciesen. ¿Cómo conseguirlo? El hombre no podia reconciliarse con Dios sin ser perdonado; y si Dios no queria dejar desairada su justicia, tampoco podia perdonar al hombre sin quedar satisfecho. Luego era indispensable un sacrificio infinito capaz de satisfacer á la justicia infinita de un Dios ofendido, y una misericordia infinita capaz de perdonar la deuda infinita de la culpa. Esta necesidad, hijos míos, presupone una cosa que nunca debéis olvidar, y es que Dios, aunque podia muy bien reconciliarse con el hombre, ya perdonándole sin exigirle ninguna satisfaccion, ya contentándose con un pago insignificante, no lo quiso así; mas antes bien, exigió para concertar los derechos de su justicia con los impulsos de su misericordia una satisfaccion plena y cabal de la deuda, una paga de precio infinito. ¿En qué habia de consistir esta paga? En un sacrificio, en un castigo, en una pena. ¿Dónde hallar este sacrificio, pena y castigo capaz de cancelar una deuda infinita? ¿En la humanidad acaso? No, hijos míos; nada tiene la virtualidad humana capaz de tanto: se requiere una víctima pura, y la humanidad está profundamente contaminada; se requiere una víctima santa, y la humanidad ostenta en su frente un sello de ignominia que demuestra la vida de la culpa y la esclavitud del demonio; se requiere una víctima de infinito precio, y la humanidad pobre y miserable todo lo tiene muy limitado. Si pues de aquí nada puede agnardarse, ¿dónde hallaremos la víctima? ¿En la Divinidad? Hijos míos, ella es pura, santa, immaculada, infinita; pero no puede ser víctima, porque es esencialmente feliz y gloriosa; no puede padecer, porque es esencial-

mente impasible; no puede morir, porque es esencialmente inmortal. ¿Dónde hallar pues tan necesario recurso para la humanidad atribulada? En una víctima tal, que supla lo que á la humanidad le falta para lo santo ó infinito del sacrificio, y á la Divinidad la dé un medio de suplir su falta esencial de pasibilidad: es necesario un Dios-Hombre. Si hai un Dios-Hombre, poseerá la humanidad en su mas grande perfeccion moral, y dignificándola con su Divinidad misma, la dará en todos sus pasos y en todas sus penas un merecimiento infinito. Ved pues, cómo el medio único de reparar en todo y por todo el mal causado por la culpa era la Pasion y muerte de Jesucristo, pues Jesucristo es verdadero Dios y Hombre; y ved asimismo cómo pudo suceder y en qué sentido se dice que el pecado fué su causa ocasional.

16. Mas para esto, hijos míos, era de todo punto necesario que Dios, á la vista de la culpa, se inclinase mas á perdonarla que á castigarla debidamente; era necesario que Dios quisiese salvar al mundo, reconciliarse con el hombre y abrirle otra vez las puertas de los cielos. Luego, si la Pasion y muerte de Cristo reconoce al pecado por causa ocasional, es porque, decidiéndose Dios á salvar al hombre, se sintió movido á esto por su misericordia infinita, y en consecuencia, que la causa motriz de este decreto y su cumplimiento fué precisamente la infinita misericordia del Señor. Ved aquí concurriendo en una las dos causas por motivos muy diversos: el pecado que pone en accion la justicia de Dios, á quien clama por su castigo; y la misericordia, que condoliéndose del hombre, quiere salvarle aunque con un medio tan doloroso.

17. Sin querer he prevenido la cuarta de las causas de la Pasion de nuestro Señor Jesucristo, y es aquella que se refiere al fin que se propuso el Padre para decretarla, y el Hijo para aceptarla entregándose á ella con tanta libertad como sumision. La causa final, ó sea el fin de la Pasion y muerte de Cristo, era pues, hijos míos, la salvacion de los hombres, la restauracion de la virtud en la tierra, la renovación de la alianza entre Dios y la humanidad, la reconquista para ésta de aquellos preciosos títulos que la serpiente maldita consiguió arrancarles de sus manos desde su misma cuna. Por esto el símbolo de Nicea, queriendo expresar en un solo concepto el fin de la Encarnacion y la ocasion de la Pasion y muerte de Cristo, dice: "que por nosotros los hombres y para nuestra felicidad eterna bajó de los cielos:" *Propter nos homines et propter nostram salutem descendit de caelis;* y que por nosotros tambien padeció debajo del "poder de Pilato, fué crucificado, muerto y sepultado: *Crucifixus etiam pro nobis sub Pontio Pilato, passus et sepultus est.*

18. Pudiera todavia, hermanos carísimos, detener vuestra atencion sobre otro linaje de causas: pudiera mostraros en el ciego furor de los judíos y gentiles para sacrificar al Mesías, la causa instrumental de que se sirvió la Justicia eterna para llevar á efecto su decreto de castigo con la Pasion y muerte de su Hijo Unigénito. Ellos obraron con toda libertad en aquella carrera de furor; persiguieron al Justo porque así lo quisieron, ahogando sus propios sentimientos para dar curso libre á sus mas encarnizadas pasiones: pero no creyeron que aquel á quien perseguian era el Hijo de Dios; porque de otra suerte no le habrian perseguido, como lo advierte el Apóstol, y en este caso habria faltado un instrumento que pusiese por obra los planes del Eterno Juez. Po-

dria tambien hablaros de la causa ejemplar, es decir: de aquella que sirve de tipo ó ejemplo para producir el efecto, como un original para la copia que saca el artista, y esto, hijos míos, no porque aquel sacrificio hubiese tenido algun otro que imitar, pues fué incomparable, inimitable y único; sino porque Dios dibujó en su mente, por explicarme así, el cuadro de aquella Pasion dolorísima en todas sus partes y desde la eternidad, y tambien porque, á fin de prepararla en el mundo, la quiso ir figurando anticipadamente como en bosquejo, ya en las descripciones que hacian de ella los Profetas, ya en algunos caracteres históricos como el de Job, el de Isaac y otros, que habian de asomar de lejos algunas faces de esta perspectiva inmensa de dolor. Pero me he extendido ya demasiado, y por lo mismo, reduciendo á esto mi explicacion de lo segundo que me he propuesto enseñaros en esta carta, paso á lo tercero, que consiste, como bien sabéis, en el carácter propio de aquel padecimiento de Cristo, en su intrínseca gravedad, en aquella intensidad tan grande que excede á toda ponderacion.

III.

19. Mas, ¿como tratar de esto sin hacer una experiencia inútil, un ensayo infructuoso con el discurso? ¿Dónde está el entendimiento capaz de concebir, ni la lengua capaz de explicar aquel insondable abismo de penas y tormentos que abraza la historia de la Pasion y muerte de Jesús? ¡Ah, hermanos carísimos! el alma se confunde, la lengua se anuda, nuestro ser todo se anonada en vista de este cuadro. Tormentos horribísimos en el alma, dolores incomparables en el cuerpo, humillaciones inmensas, lo infinito, digámoslo así, en el padecer: he aquí la Pasion y muerte del Redentor del mundo. Verdad es que su alma estaba unida con su Divinidad, y que ésta es impasible; mas no por ello dejó de sufrir, y sufrir sobre todo encarecimiento. Habiendo tomado la naturaleza humana precisamente para padecer y morir, conservó su alma, sin embargo de ser Dios, en la mas absoluta pasibilidad. Criada para padecer y segun sus altos designios, debemos creer que aquella alma fué la mas delicada, la mas tierna, la mas sensible al dolor; debemos creer que ninguna alma es capaz de los padecimientos que el alma de Cristo, pues todo esto y mucho mas, que nuestra pobre mente no alcanza, suponen aquellas palabras de insondable misterio y altísimo sentido con que nuestro Señor quiso dar á entender las penas interiores con que se hallaba atormentado. Y si esto sucede tratándose de su alma, ¿qué diremos de los tormentos horrosos, intensísimos y en cierto modo sobrehumanos de su bendito cuerpo? Hijos míos, ni las unas ni los otros pueden ser nunca debidamente ponderados. Si se reuniesen en uno todos los caracteres mas sensibles y tiernos y todas las naturalezas mas capaces de dilatar el campo al dolor, tened por cierto que no podrian igualar al inefable padecer de Jesucristo. Ved, si no, lo que su alma padeció al comenzar su Pasion, y luego seguidle desde aquí hasta verle espirar en una cruz.

20. Al dar su primer paso para ir á postrarse en oracion en el Huerto de Getsemani, dice el Evangelista San Matéo, que empezó á entristecerse y á angustiarse, es decir: á sufrir las mas terribles penas en el alma, y luego añade que, volviéndose

se á Pedro, Juan y Santiago, les dijo: "Triste está mi alma hasta la muerte: *Tristis est anima mea usque ad mortem.*" Contemplad si podéis, hijos carísimos, toda la energía de esta expresión, esta tristeza del alma hasta la muerte: decid cuanto queráis, y estoi seguro que no conseguiréis explicarla: "Mi alma está triste hasta la muerte." ¡Qué situación! ¡qué carácter! ¡qué concepto! ¡Tristeza sola, tristeza toda, tristeza suma, tristeza inconsolable, tristeza constante, tristeza sin término, tristeza hasta la muerte! *Tristis est anima mea usque ad mortem.* ¡Véis, pues, los tormentos de aquella alma santísima referidos por sus discípulos según lo que ellos presenciaron, y expresados divinamente por él mismo en las palabras que acabáis de oír! Vedles ahora salir de ella misma, sorprender á la naturaleza y mostrarse al mundo en la Oración del Huerto. Oid cómo la narra el evangelista San Lucas (XXII 41 h. 44). "Hincadas las rodillas, hacia oración, diciendo: "Padre *mío*, si es de tu agrado, aleja de mí este cáliz: no obstante, no se haga mi voluntad, sino la tuya. En esto se le apareció un ángel del cielo, confortándole. Y entrando en agonía oraba con mayor intensidad. "Y vino un sudor como de gotas de sangre que chorreaba hasta el suelo." No es posible pintar ni hacer sentir con las palabras este cuadro del Hijo de Dios repeliendo con todo el horror de que la naturaleza es capaz el cáliz de su Pasión; volviéndole á tomar con un rendimiento que no tenía ni tendrá semejante en los anales de la virtud; agonizando de pena hasta necesitar para no sucumbir que un ángel le socorra, y haciendo patente en su cuerpo mismo todo el carácter de esta pena con un sudor de sangre verdaderamente milagroso. Si las penas del alma, en sentir de los profundos conocedores del hombre, son incomparablemente mayores que las del cuerpo, ¿cuáles serían pues, las del espíritu de Jesucristo en aquella crisis violentísima, en que parecían luchar su Divinidad con su humanidad misma, su horror á la muerte con la sed que tenía de padecer por los hombres? Reunid en un punto las congojas internas, los grandes padecimientos, las aflicciones mas terribles que abraza la historia de la humanidad desgraciada, y os diré sin vacilar, que todo este vasto conjunto, comparado con el padecer de Jesucristo en aquella noche memorable, sería como una imperceptible gota en frente del Océano. ¡Cuánto no dicen aquel retiro solitario, aquella actitud rendida, aquella oración misteriosa, aquel recogimiento profundo súbitamente interrumpido con esta repulsa de horror: "Padre *mío*, si es de tu agrado aleja de mí este cáliz!"

21. Todos los pecados del mundo, desde el primero que arrojó al hombre del Paraíso hasta el último que había de cometerse al terminar los siglos, gravitaban en aquel instante sobre el alma del Redentor: toda la ingratitude pasada, presente y futura descargaba sus golpes en aquel corazón tierno: todas las calumnias de sus enemigos, todas las blasfemias contra su nombre, todas las herejías contra su doctrina, todos los discursos contra su religión, todas las profanaciones de su Templo, las participaciones sacrílegas de su Cuerpo y de su Sangre, todos los golpes diversos que la mas enconada persecución descargaría contra su Iglesia, vinieron de tropel á su alma, como una conjuración inmensa. Busca el consuelo, y no le descubre; quiere una tregua, y no se le otorga; considera el curso de los siglos, y no mira sino una corriente inmensa de crímenes y miserias desembocando en los abismos de una eternidad desgraciada: busca la

verdad, y encuentra el error; busca la virtud, y encuentra el crimen; pasea sus miradas por la tierra toda, y la sorprende hundida en un diluvio de iniquidad. ¡Y todo esto carga sobre aquel espíritu! ¡todo esto gravita sobre aquella bendita alma! ¡por todo esto ha de pasar indefectiblemente si acepta el sacrificio...! Esto le agobia, le oprime, le despedaza, le arranca aquel grito de la naturaleza herida por el dolor: "Pase de mí este cáliz: *Transcat a me calix iste.*" Esto le hace desfallecer hasta el extremo de necesitar el socorro de un ángel que le conforte: *apparuit illi Angelus de celo confortans eum.* Esto le hace entrar, por solo el tormento de su pena interior, en una verdadera agonía, y esforzar su oración al Padre: *factus in agonía, prolixius orabat.* Esto finalmente causó aquella tan estupenda como triste maravilla del sudor de sangre con que mojóba la tierra: *factus est sudor sicut gutta sanguinis decurrentis in terra.* Vuelvo á decirlo: todos los esfuerzos de la elocuencia humana serian incapaces de pintar lo que padeció el alma de nuestro Señor Jesucristo, con la suprema energía con que lo muestran sus mismas palabras.

22. Decidme ahora: si el solo pensamiento de esta Pasión causó tan espantosos efectos en aquella víctima inocente, ¿qué sería su realidad? ¡Ah, hijos míos! esto; mi apenas para sentirse, sin duda alguna es incapaz de explicarse. Si consideráis por una parte quien padece, pasáis de aquí á meditar las causas y motivos de aquel padecer, y atendéis, por último, á lo que la historia cuenta de los padecimientos de Jesús, no podréis ménos que desfallecer á la vista de tan inefables tormentos. Aquel cariñoso saludo con que sorprende los designios del discípulo traidor, correspondido con la ejecución del horrendo crimen; aquella rabia con que se precipitan sobre el Santo de los santos para prenderle las encarnizadas turbas; aquellas tropelías con que le arrastran, mas que conducen, ante los príncipes y magistrados, llenándole de calumnias y de insultos, descargando sobre sus mejillas fieros golpes y declarándole digno de muerte; aquel insolentísimo tono con que le trata el pontífice, apellidándole blasfemo porque se llama Hijo de Dios; aquel rabioso frenesí con que alternativamente le arrastran por todos los tribunales de Jerusalem; aquellos empujones y golpes; aquel escupir á su rostro divino; aquel burlarse sin término de Su Majestad adorable cuando la falsa política de un magistrado corrompido quiere comprar con el oprobio de la víctima la compasión de un pueblo furioso; aquellos azotes; aquella peregrinación de dolor por la calle de la amargura; aquella sentencia inicua, sobrepujada todavía más por los horrores de su ejecución; aquel Cuerpo, á quien adoran los ángeles, herido en todas sus partes, bañado en su propia sangre, clavado en una cruz, despedazado al dejarla caer de golpe sobre el hueco de una peña para afirmarle; aquel grito de desamparo correspondido de una insolente burla; aquel no interrumpido insulto á su poder con que se le excita para que baje de la cruz; aquella sed insaciable sacrílegamente apagada con la hiel; aquel perdón generoso que pide para sus enemigos, correspondido con nuevos ultrajes y mas atroces insultos; aquel grito de consumación que hace estremecer á la naturaleza, y aquella muerte, por último, seguida todavía de nuevos é inconcebibles atentados, pues mientras la ceguedad judía la pondera como un acto de justicia y una señal de triunfo, un soldado arroja todavía sobre el pecho de la víctima su sacrílega lanza, y le abre profunda-

mento con su terrible golpe; aquella tierna y aflijida Madre.... ¡A dónde voi!... Basta, hijos míos: haga vuestro corazón lo que mi lengua no puede; sentid lo que no soi capaz de explicar, y que vuestras lágrimas, desprendidas á torrentes sean el mudo pero eloquentísimo lenguaje que hablo dignamente de la Pasion de Jesucristo Señor nuestro.

23. De esta suerte quedó tan plenamente reparado el estrago que hizo en los cielos y en la tierra la primera culpa del hombre con su odiosa fecundidad en esa carrera de crímenes, que aun el instrumento escogido para patíbulo de aquella Víctima santa, sirvió á su turno de una verdadera expiación. He aquí, amados hijos, por que los apóstoles en su Símbolo, no contentos con decir que Jesucristo padeció, añaden que fué crucificado: *crucifixus*. Era en efecto de la mayor importancia consignar en el artículo donde se profesa el dogma de la Pasion esta circunstancia notabilísima, que da tanto crecimiento á la superabundancia de la paga que hizo Jesucristo á su Eterno Padre por nosotros. Por esto nuestro catecismo, refiriéndose á tan vilipendioso castigo, pregunta: “¿Por qué nuestro Señor escogió muerte de cruz?” y responde con su acostumbrada sabiduría: “Porque cuanto era mas ignominiosa y penosa, fuera mas meritoriosa y gloriosa.” Y á la verdad, hijos míos: ¡qué ultraje mas grande pudo haber hecho el hombre á la santidad infinita de su Criador, que pisotear su Lei con el pecado! ¿Y qué suplicio mas ignominioso que el de la cruz cuando murió Jesucristo? Era este suplicio entre los gentiles considerado como el mas abominable, y traía consigo tanto vilipendio y escarnio tanto, que aun en la lei de Moisés es apellidado “maldito el hombre que está pendiente del madero.” Quiriendo pues el Mesías escoger lo mas propio para reparar los ultrajes del pecado á la santidad de su Padre, se decidió sin vacilar por esta especie de suplicio; y para que nada faltase, quiso aparecer entre dos delinquentes, y que su cruz fuese una de las tres que entonces se prepararon para ellos. ¡Qué mayor mérito que semejante ignominia! ¡Qué gloria mas grande para la justicia del Padre que tan digna reparacion! Ved pues cómo en tanto aquel suplicio tenia de mas ignominioso y penoso, presentaria de mas meritorio y glorioso. Hai más: de un árbol habia sacado el hombre, con la fruta que le sedujo, el veneno de su muerte moral; de un árbol sacaría la eficazísima triaca de su resurreccion espiritual para la vida eterna, y por esto canta la Iglesia que Dios constituyó en el madero de la cruz la salud del género humano, para que de allí, de donde habia nacido la muerte, resucitase la vida: *Salutem humani generis in ligno crucis constituit, ut unde mors oriebatur, inde vitam resurgeret.*

24. Agregó tambien el Símbolo, hijos míos, despues de decir que Jesucristo fué crucificado, las palabras *muerto y sepultado*, para que la realidad de su muerte brillase con toda evidencia. Podria suceder, y sucedió de facto, que algunos pretendiesen que Jesucristo, aunque clavado en la Cruz, no llegó á morir, y esto hubiera sido una fuente perenne de contradiccion, si la Iglesia nuestra Madre, divinamente ilustrada, no hubiese tenido especial cuidado de consignar en su Símbolo que murió, y hasta la circunstancia, redundante al parecer, de haber sido sepultado. Tuvo pues Jesucristo, no solo una dolorosa pasion, sino una verdadera muerte, la cual consiste, como bien lo sabéis, en el hecho de separarse del cuerpo el alma: el alma de nuestro Señor Jesucristo se separó, pues, de su cuerpo, y por lo mismo murió. Y puntualmente porque su muerte fué

un hecho manifesto para todos, los mismos snys dieron el paso que era consiguiente procediendo á sepultarle. Fué colocado su Sagrado Cuerpo en un sepulcro nuevo, cubierto este sepulcro con una pesada piedra, y como los judios temiesen que fuese de allí extraido por sus mismos discípulos, acudieron á la autoridad, quien mandó sellar el sepulcro y les permitió vigilarle, como en efecto lo hicieron. Todos los evangelistas tienen cuidado de referir en términos muy claros y expresos que Jesucristo espiró, y tanto, que aun enuncian este concepto con palabras que explican el verdadero carácter de la muerte: “Entregó el espíritu, dicen: *Tradidit spiritum.*”

25. Réstame, para concluir mi explicacion doctrinal del cuarto artículo del Símbolo, deciros una palabra sobre los altos misterios del sepulcro de nuestro Redentor: porque habéis de saber que, si el sepulcro es para toda la humanidad la prueba por excelencia, la prueba calificada y en cierto modo ritual de la muerte, pues ninguna se tiene por mas eficaz para surtir todos sus efectos entre los hombres que la partida de entierro, si además el sepulcro, reduciendo primero á un cortísimo espacio la morada última del hombre, y despues á la confusion del polvo, su propio cuerpo nos manifiesta lo que tiene de mas débil y humillante nuestra naturaleza decaida, y pone á toda luz la vanidad mundana, y por lo mismo fué para Jesus como el resumen de sus humillaciones; es necesario saber que este sepulcro depositaba en sus tinieblas mismas una divina luz, que muy pronto reflejaria sobre la muerte los esplendores magníficos de la gloria: es necesario saber que aquel sepulcro no solo contenia el cuerpo de Cristo, sino tambien que estaba habitado en persona por su Divinidad, y que aquel sagrado cuerpo no estaba sujeto, como lo está el nuestro, á la corrupcion.

26. Qué el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo no estuvo sujeto por ningun aspecto ni en parte alguna, ni en lo mas mínimo á la corrupcion del sepulcro, es cosa que nos enseña la Santa Escritura, y aun alcanza la razon misma como una consecuencia del dogma de la union hipostática de la Divinidad con la humanidad en la persona del Verbo. “No permitirás que tu Santo, decía el Profeta Rei con relacion al Mesías, (Ps. XV) “no permitirás que tu Santo vea la corrupcion.” Y en efecto, hijos míos, no podía por cierto sufrir aquella Humanidad Santísima, sin embargo de su espontánea pasibilidad, esta consecuencia de la humana depravacion: reduciéndose á lo preciso para sacrificarla en castigo de la culpa, como habéis visto, no aceptó nada que pudiera parecer una consecuencia de la propia contaminacion.

27. En cuanto á la manera con que estaba el cuerpo de Jesucristo en el sepulcro, debemos creer y confesar que aunque separado del alma, no lo estuvo ni un momento ni podia estarlo tampoco de su Divinidad, y en consecuencia, el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo estuvo siempre unido con ella; mas esto, hijos míos, ha de entenderse bien para no sufrir las consecuencias de una confusion pernicioso. La Divinidad estaba unida es verdad con el cuerpo de Cristo en el sepulcro, mas no sepultada, no muerta, no sujeta de ningun modo á semejante humillacion: pues como advierte al propósito el Catecismo romano, así la sepultura como la Pasion y muerte convienen á Jesucristo, no en cuanto Dios, sino en cuanto hombre; porque el padecer y morir solo puede tener cabida en la naturaleza humana. ¡De qué modo pues, me diréis, estaba unida con el

cuerpo de Cristo en el sepulcro su Divinidad sin mengua ninguna de su impassibilidad infinita? Esto es, hijos míos, lo que forma en este punto la esencia del misterio.

28. Lo último que debemos creer, y menciono aquí por lei de conexion estrechísima es, que el alma de nuestro Señor Jesucristo, despues de la muerte y ántes de la resurrección, aunque separada real y absolutamente de su cuerpo, pues en esto consiste la muerte, no lo estuvo ni un instante solo, ni podia estarlo de su Divinidad; sino que tan unido estaba entónces á ella el cuerpo de Cristo como su alma. Mas la mayor explicacion de este punto la reservo para la instruccion subsiguiente.

29. Ved pues, hermanos carísimos, lo que debemos creer y entender acerca del augustísimo, tiernísimo é inefable misterio de la pasion y muerte del Redentor del mundo. ¡Qué fecundidad tan infinita la de este sacrificio! ¡cuántos bienes nos ha traído! ¡cuántas riquezas nos prodiga! ¡cuántas glorias nos prepara! Con su Sangre recibimos el baño sagrado de una purificacion infinita y una prenda inefable de su amor: "nos amó y nos lavó de nuestros pecados en su Sangre," dice San Juan en su Apocalipsis (cap. I) "Os hizo vivir consigo," decia el apóstol San Pablo á los Colocenses, (cap. II) "perdonándoos todos vuestros delitos, borrando la escritura del decreto que preexistia "contra nosotros, y quitándola de en medio clavándola en la Cruz. Nos arrancó de la "hiraña del demonio, como el mismo Cristo lo tenia preanunciado, segun leemos en San "Juan, (cap. XII) en aquellas palabras: "Ahora se llega el juicio del mundo. Ahora el "príncipe de este mundo será echado fuera." Pagó la deuda infinita de nuestra culpa, reconciliándonos con Dios, volviéndonos al camino de su Lei y poniendo en nuestro pecho la dulce confianza de que ha de abrirnos al fin con su preciosa Sangre la entrada de los santos, como lo ponderaba el apóstol, hablando á los hebreos; atrajo al rededor del madero en que fué clavado, todas las cosas, como señales de su poder y trofeos de su victoria, segun lo habia profetizado él mismo al pronunciar el juicio del mundo.

30. ¡Cuántas luces para la fe, cuánta fuerza y cuán sólida para la esperanza, cuántos estímulos para la virtud y qué atractivos tan irresistibles para el amor contiene, hijos carísimos, este adorable misterio! Meditadle pues de continuo, si es posible; no le apartéis jamas de vuestra memoria; buscad en esa carrera de dolores las señales del camino único que á los cielos conduce: estrechaos con esa Cruz, que ella será vuestra ciencia, vuestra fortaleza y vuestra gloria: vivid con ella en vuestros brazos, con ella en vuestro pecho, con ella en todo vuestro ser, y moriréis en el seno de Aquel que la consagró con su sacrificio: y habiendo llenado así las condiciones que puso á la dispensacion de la eterna felicidad, el instante de vuestra muerte para el mundo será el del nacimiento de vuestra vida para el cielo.

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

VIGESIMANONA INSTRUCCION.

SOBRE LA PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO CONSIDERADA COMO UN MISTERIO.

Nos autem predicamus Christum crucifixum: quibus quidem scandalum, gentibus autem stultitiam.

Nosotros predicamos á Cristo crucificado, que es escándalo para los judíos, y locura para los gentiles.

I Cor. Cap. I, v. 23

DESPUES de haberos explicado, amados hijos, palabra por palabra el cuarto artículo del Símbolo católico, para daros una instruccion doctrinal acerca de la Pasion y muerte de nuestro Señor Jesucristo, creo muy conveniente tocar de nuevo este punto considerándole bajo su carácter de misterio. Si la historia de la Pasion, en clase de tal, tiene cuanta claridad pudiera apetecerse, pues los hechos que en ella se relatan son de aquellos que hablan altamente á los sentidos; el pensamiento simple á que se refiere toda ella, reducido á esta expresion: "Dios padeció y murió," es una cosa tan alta, tan superior á la razon humana, que desde el principio mismo de predicarse á los pueblos produjo una especie de revolucion en la tierra. El mundo, demasiado torpe y carnal para elevarse desde luego hasta la altura de este designio sublime, mostró de mil maneras su incredulidad, su indiferencia y aun su encono hácia este dogma sagrado, que habia de ser el fundamento de la doctrina perfecta de la religion, y la fuente única de la gracia. Hallábase compuesto el mundo, cuando Jesucristo apareció en él y desempeñó hasta consumarla su mision divina, de dos clases muy diversas relativamente á la